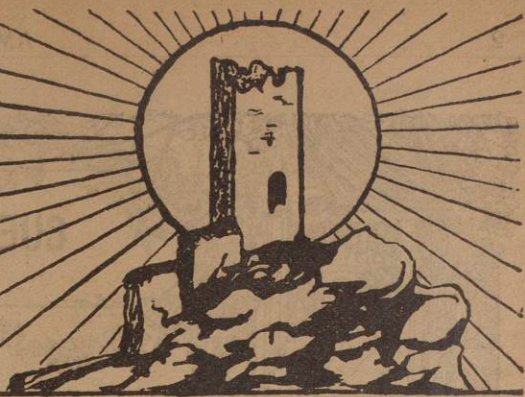


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año III

Alhama de Murcia, Miércoles 6 de Enero de 1926

Núm. 47

EPIFANÍA

Hasta la misma palabra tiene, en la sucesión armónica de sus sílabas, una suave cadencia que hace vibrar el arpa misteriosa de las almas con músicas del Cielo.

Estimo lógicamente significa *aparición, manifestación*: Es decir, el acto de mostrarse Cristo a los hombres, como el Dios Encarnado, como el Mesías prometido.

No una, sino tres *epifanías*, tres *manifestaciones mesiánicas*, pone la tradición, en este día, solemne entre los solemnes, que celebra la Iglesia: La *manifestación* a los Magos, y en ellos a todos los pueblos gentiles; la *manifestación* a su pueblo, hecha por su propio Padre Celestial, cuando, el Divino Mesías, recibiera el bautismo, de manos de Juan, su Precursor; la *manifestación*, al mundo todo, de su divino poder, al realizar su primer público milagro en Caná de Galilea.

Pero aunque todos tres acontecimientos tuviesen lugar en el mismo día, (naturalmente, que en diversos años,) la fiesta principal, y a la que la Iglesia dedica preferente atención, es aquella en la que se evoca el llamamiento a los gentiles; aquella que recuerda la *manifestación* del Salvador a todas las naciones, representadas en los reyes de Tarsis y de las Islas de Arabia y de Sabá.

Los pueblos todos, representados en los Reyes de Oriente, tuvieron entonces su *epifanía* y, en la sucesión de los siglos, a cada pueblo, a cada nación, en particular, se ha manifestado el Salvador en épocas diferentes. ¡Felices los pueblos que se han aprovechado de este acercamiento de Dios hasta ellos! ¡Felices las naciones que han rendido los atributos de su poder y realeza ante el humilde pesebre de Belén!

Cuando, al oír la Historia, nos ha llenado de admiración la grandeza moral y, casi siempre, al mismo tiempo, el encumbramiento y poderío material de algunos pueblos o naciones, al sondear las causas, hemos hallado, no ser otras, sino su aproximación, su rendido acatamiento al Salvador.

Se les manifestó el Señor, en la fulgurante estrella de sus divinas enseñanzas, y supieron aprovechar su divina y brillante *epifanía*.

Los pueblos decadentes por el contrario. Desentrañemos las causas de su decadencia... al fin no encontraremos otras que su alejamiento de Cristo. ¿Es que Dios no se les manifestó lo mismo?... Sí; mas también la estrella, que guió a los Magos, pudo ser contemplada por toda la Arabia Feliz; y, sin embargo, sólo tres se levantaron para caminar con el rumbo que marcaban sus suaves destellos.

Y lo mismo que los pueblos, son los hombres, las almas. ¿No hemos sentido todos el asombro respetuoso que nos producen las almas grandes? ¿Hay alguien que se atreva a negar su existencia? ¡Oh! esas almas, que son como puertos capaces de encerrar en sí, abrigándolas contra la tormenta, a todas las almas de sus hermanos; esas almas, que poseen divinos sedantes, para las amarguras de todos aquellos, que a ellas recurren; esas almas, que no se hartan de hacer el bien; esas almas, que se bañan, continuamente, en un mar infinito de amores a sus semejantes.... esas almas son grandes; nadie, por pequeña que le parezca la suya propia, puede negar la existencia de las almas grandes. ¡Oh! ¡pero, estas almas se fonjan en el yunque de su anonadamiento, del desprecio de sí mismas, domeñando su orgullo, ante el pesebre de Belén, puestas al rojo, en la fragua crepitante del Corazón de Cristo.

Jesús se les mostró; en el astro rutilante de sus divinas inspiraciones; ellas acudieron al celestial llamamiento y, hechizadas, con la dulce influencia de su divina luz, llegaron a fundirse, en su propia llama. Por eso estas almas arden con calores divinos.

Es la *epifanía* de las almas.

¡Dichosas las naciones, dichosos los pueblos, dichosos los hombres, dichosas las almas que han sabido aprovecharse del momento, en que Cristo se les manifiesta, en su doctrina, en sus enseñanzas, en sus ins-

piraciones, en sus dulces e insinuantes llamadas al corazón! ¡Dichosos los que han seguido la luminosa estrella! ¡Dichosos los que caminan a favor de la luz que irradia, perennemente, su esplendorosa *epifanía*.

G. E. C. i.
Gabriel E. Cebrian

VERSOS DE NIÑOS

El divino amiguito

Al simpático niño Antonio Martín-Montís Santiago-Concha, de Madrid.

¿Habéis contemplado a ese tierno niño, nacido entre pajas en un pesebrito...? Es como un lucero de hermoso y de lindo... ¡Si viéseis su boca...! ¡Si viéseis sus mimos...! ¡Si viéseis su frente y sus dos ojitos...! ¡Qué cosa tan linda! ¡Qué precioso niño! Yo estoy por Él loco desde que lo he visto y Él también me quiere y soy su amiguito. Siempre se sonríe cuando yo lo miro, y abre sus manitas y juega conmigo... Me ha dicho su madre que Él es Jesucito, y que desde el cielo hasta aquí ha venido, para libertarnos de Satán maldito... ¿Ves tú, mi abuelita qué bueno es el Niño...? ¡Oh, yo siempre, siempre quiero ser su amigo! Yo seré muy bueno, como tú me has dicho, y no haré pecados, que son los delitos que hacen llorar tanto a mi tierno niño... Yo con mis caricias y mi amor muy fino le daré consuelos a mi Jesucito...

AMABLE MARTINEZ

